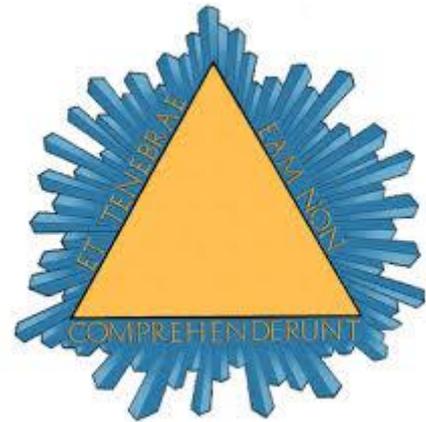




EL TRABAJO DEL MASÓN RECTIFICADO

Jean-François Var (8-01-98)



El trabajo que llevamos a cabo en Logia es sagrado. Es sagrado, ya que está dedicado a Dios y realizado a su mayor Gloria. Antes de ir más lejos, quisiera haceros ver la diferencia esencial -quiero decir con ello, relativa a la esencia- que separa, pero que también une, lo que es santo y lo que es sagrado.

Digitalizado por el Portal del Régimen Escocé Rectificado del Guajiro - ROLOD

EL TRABAJO DEL MASÓN RECTIFICADO

Jean-François Var (8-01-98)

El trabajo que llevamos a cabo en Logia es sagrado. Es sagrado, ya que está dedicado a Dios y realizado a su mayor Gloria.

Antes de ir más lejos, quisiera haceros ver la diferencia esencial -quiero decir con ello, relativa a la esencia- que separa, pero que también une, lo que es santo y lo que es sagrado.

Sólo Dios es Santo. Recordemos la denominación ritualmente dada al Eterno en las Escrituras: “El Santo, bendito sea...”. Y es de esta manera que los querubines lo aclaman incesantemente en la liturgia angélica: “¡Santo, Santo, Santo!”. Pero esta santidad, atributo exclusivo de Dios, puede ser compartida por Él, comunicada por su gracia, a aquellos que se dan a Él uniéndose a Él. Por esta unión, en aquellos que adquieren, más o menos, las características divinas, su humanidad queda también en mayor o menor medida impregnada de la Divinidad; y el grado de santidad es el resultante del grado de íntima unión con Dios. Así pues, los santos, son aquellos que han desposado a Dios. De ahí que, la realización más perfecta, el modelo más acabado, sea el de la Santísima Virgen María.

La Antigua Alianza no está falta de santos que han realizado la unión espiritual con Dios. Pero después de la Nueva Alianza, después de la Encarnación del Verbo, esta unión no es ya solamente espiritual, ella implica la totalidad del ser humano, cuerpo, alma y espíritu; y ella se realiza por el bautismo. Volveremos más tarde sobre este punto. Es por esta razón que San Pablo en sus Epístolas califica de “santos” a los bautizados miembros de una o varias de las Iglesias a las que se dirige “a los santos de Corintio”, “a todos los santos que están en la toda la Acaya”; en ocasiones precisa: “a los santificados (= hechos santos) en Cristo Jesús”.

La santidad implica pues, de algún modo, una identificación con Dios. La sacralidad es cosa totalmente diferente. Lo que es sagrado, sea material (objeto) o inmaterial (fórmula o práctica, generalmente ritualística), conserva su naturaleza, la cual no es en nada alterada. Lo que cambia es su uso, este uso es reservado a Dios, y sólo a El -o a los dioses, y solamente a ellos, en el caso de las religiones idolátricas-. Esta exclusividad se traduce la mayor parte de veces por una dedicación ceremonial, en virtud de la cual lo que está dedicado es ofrecido a Dios que deviene en su sólo maestro y poseedor, y por ello mismo se encuentra suprimido del mundo profano.

En definitiva, se podría decir: que lo que es santo es de Dios, y lo que es sagrado es para Dios.

¿Estamos pues, como Masones, dedicados a Dios?, Sí, y de una vez por todas, lo estamos “irrevocablemente” por nuestro compromiso, el cual es un juramento. Ahora bien, es preciso tener siempre presente que “juramento” y “sacramento” se expresan en latín por la misma palabra sacramentum, lo que manifiesta que tienen una cierta comunidad de naturaleza. Ciertamente, el juramento no es un sacramento, en el sentido que este término ha tomado en la Iglesia cristiana, pero no tiene menos valor sacramental, es decir, que Dios se encuentra implicado en él. Se encuentra implicado en primer lugar como testimonio y después como garante. Este compromiso es efectivamente tomado -y las palabras, estas palabras que no oiremos más, tienen aquí un valor pleno y entero- “en presencia del Gran Arquitecto del Universo”. Dios recibe en Persona este juramento, es en Persona el Garante de lo que constituye verdaderamente un compromiso con Dios. Por la fidelidad o por el contrario por la falta a este compromiso recaerá sobre aquel que lo haya prestado, en el primer caso la bendición divina, y en el segundo el castigo.

Este compromiso es tomado sobre el Evangelio y la espada. “Prometo sobre el Santo Evangelio...”, dice el candidato, y une el gesto a la palabra. Su mano derecha -aquella que compromete- es puesta desnuda sobre el Santo Evangelio y la espada. La mano no queda suspendida en el aire, sino que está en contacto físico directo con el uno y la otra. Analicemos un poco esto.

El Evangelio, en el Rito Escocés Rectificado, no es un símbolo (“la Biblia no es un emblema”), es una realidad. Una realidad espiritual plasmada. Para los judíos, la Tora es una presencia física de Dios, es la plasmación de su Palabra. Para nosotros, los cristianos, resulta parecido con la especificidad que esta Palabra, este Verbo de Dios, es la segunda Persona de la Santísima Trinidad. El Evangelio es pues una forma de Encarnación del Verbo; o para hacer las cosas más tangibles, es el Verbo Encarnado, el Cristo, físicamente presente. Desde el punto de vista de la substancia, hay equivalencia absoluta entre la presencia de Cristo en el Evangelio y la presencia de Cristo en la Eucaristía. La manera -o para emplear un término de la escolástica, la forma- difiere, la substancia es idéntica.

Es pues en la unión con Cristo, no solo espiritualmente, sino físicamente, por el contacto de nuestra mano con su Presencia, que contraemos nuestro compromiso. Adhesión que exige y compromiso que sella la “fidelidad a la santa religión cristiana” y a todas las verdades que ella enseña, ocupando el primer lugar entre ellas la Encarnación del Verbo, proclamado -¡y con qué esplendor!-

en el Prólogo del Evangelio de San Juan sobre el que tomamos nuestro compromiso.

Pero el Prólogo no está desvinculado del resto del Evangelio, y singularmente de aquella parte en la que San Juan el Teólogo -como lo llaman los ortodoxos, porque es quien más profundamente ha penetrado en el corazón del Misterio de la Divinidad- , rinde testimonio de la Divina Trinidad, el Cristo, Verbo encarnado, el Padre, de quien procede, y el Espíritu Santo el Paráclito, que Él comunica.

De ahí estas formulaciones que todos vosotros conocéis: “el Evangelio es la Ley del Masón”; “el Evangelio es la base de nuestras obligaciones, si dejaras de creer en él, dejarías de ser Masón”; “Prostérnate ante el Verbo encarnado. (...) Profesa en todo lugar la divina religión de Cristo.” (ibíd.)

Quisiera destacar ahora un detalle particularmente interesante. La mano derecha esta puesta a la vez sobre el Evangelio y sobre la espada. Esto viene a manifestar que la adhesión a Cristo es simultáneamente inmediata y mediata, es decir: próxima a una cosa, pero hallándose otra interpuesta entre las dos; ella se opera de dos maneras: por contacto directo con la Verdad -con “Aquél que es la Verdad misma”- y por la mediación de un símbolo, ya que la espada, a diferencia del Evangelio, es un símbolo. Símbolo, ¿de qué? La espada “significa la fuerza de la fe en la Palabra de la Verdad”. Dicho de otra manera, simboliza esta adhesión sin restricción ni reserva que hace la substancia del juramento.

Repetimos. El juramento es un compromiso sagrado. En un compromiso, uno es dos. Aquí, los dos están presentes: el Evangelio es, realmente, la Palabra de Verdad; la espada es, simbólicamente el que tiene fe en la Palabra de Verdad, “con toda su fuerza, con todo su corazón y con todo su espíritu”. (Lo que entraña, sea dicho de paso, que si esta espada no es la misma del candidato y que le pertenece en propiedad, entonces este símbolo está vacío de contenido).

Démonos cuenta de un hecho importante: la ausencia en todo esto de toda referencia masónica, y la ausencia de todo símbolo masónico. Los útiles masónicos simbólicos por excelencia como son la escuadra y el compás -a los que hay que añadir la trulla o paleta- están bien presentes en el altar, pero justo al lado. No se interponen entre la mano y el Evangelio -o Biblia- contrariamente a lo que sucede en todos los otros ritos sin excepción. En los Ritos continentales, por ejemplo el Rito Francés o el Rito Escocés Antiguo y Aceptado, se presta el juramento sobre el Prólogo del Evangelio de San Juan, en los ritos Ingleses (Emulación y otros) sobre la Biblia abierta por el séptimo capítulo del primer Libro de Reyes, relativo a la construcción del Templo por Salomón; pero, en todos los casos, sobre el Libro Santo son puestos la escuadra y el compás, y es

sobre todo ello que reposa la mano del candidato. En el Rito Escocés Rectificado, no. Se podría deducir de esto, para sacar la lección de esta diferencia que no es anodina sino todo lo contrario, de importancia capital, se podría deducir de esto, decíamos, que en los otros Ritos, la Francmasonería es el intermediario entre aquel que se compromete y Dios, que la Francmasonería es el instrumento de este juramento. En el Rito Escocés Rectificado, no. El único intermediario, es la fe de aquel que se compromete, a lo que a propósito de ello la instrucción moral añade, como continuación de la fórmula ya citada, esta precisión totalmente en sintonía con san Pablo: (la fe) “sin la cual, la Ley sola no sabría cómo conducir al Masón a la verdadera Luz”.

En nuestro Rito, la Masonería no es la intermediación necesaria que reúne al hombre con Dios; sino que es la consecuencia que resulta de la adhesión íntima previa del hombre a Cristo. Y esto lo cambia todo.

Henos pues consagrados “irrevocablemente” a Dios como Masones, es decir por los trabajos que vamos a operar en tanto que tales. Esta consagración es renovada, a cada obertura de dichos trabajos, por la plegaria, que constituye de algún modo el memorial: esta plegaria no es que opere en cada ocasión dicha consagración, ésta se hace en una ocasión y sirve para siempre, pero, por así decirlo, la plegaria reactiva el efecto en la conciencia de aquellos que van a entregarse a estos trabajos: “Gran Arquitecto del Universo, Ser Eterno e Infinito, que eres la Bondad, la Justicia y la Verdad mismas” -recordemos que Cristo ha dicho: “Yo soy el camino, la verdad y la vida”-, “oh Tú que por tu Palabra todopoderosa e invencible has dado el ser a todo lo que existe” -alusión inequívoca al Verbo Creador-“(…) bendice y dirige Tú mismo los trabajos de la Orden y los nuestros en particular.”

El maestro de los trabajos, nuestro único Maestro, es pues el Cristo, y es por ello que los trabajos son sagrados, no pueden ser de otra manera.

Antes de definir estos trabajos, quisiera libramme a algunas reflexiones marginales.

En primer lugar, quiero ponerlos en guardia contra lo que se ha convertido en un verdadero tic del lenguaje masónico. Los Masones hablan mucho sin reflexionar. Habréis oído a un buen número de ellos llenarse la boca con fórmulas tales como: “crear el espacio sagrado”, o “crear el tiempo sagrado”. No es que las nociones de espacio y tiempo sagrados sean falsas en el fondo, puesto que en principio, el Masón de tradición trabaja siempre “a la Gloria del Gran Arquitecto del Universo”. Pero hay que rendirse a la evidencia. Para la mayor parte de ellos, esta mención no es, por así decirlo, más que una simple fórmula de cumplido. Y de lo que están convencidos (y lo repito, sin tener verdaderamente conciencia de

ello, lo que es una circunstancia agravante), es que por medio de los ritos de obertura de la Logia, los Masones serían capaces, como quien dice, por una fórmula mágica, de crear lo sagrado o algo de sagrado. He ahí un estado de espíritu extremadamente pernicioso, por no decir sacrílego, y las expresiones que lo traducen son pues a proscribir vigorosa y definitivamente.

Estas expresiones son a proscribir en tanto que ellas están en completa ruptura con la tradición masónica, tradición a la cual el Rito Escocés Rectificado ha permanecido fiel, mientras que otros, poco o mucho se han desviado

Para probar lo que acabo de afirmar, tomaré dos ejemplos, no siendo mi intención la de entregarme ahora, si me permitís el neologismo, a la “ritualografía” comparada. Y para dar un poco más de peso a mis palabras, tomaré prestados estos ejemplos del Rito más alejado del nuestro en su estructura y formulación, lo denomino Rito inglés, practicado en Francia en su versión de Emulación (pero los otros sólo difieren de éste en los detalles).

En el curso de la ceremonia denominada precisamente de “consagración” de una Logia, y que reproduce mutatis mutandis la consagración por Salomón del Templo de Jerusalén tal como es relatado en las Escrituras, ¿qué dice el Gran Maestro y sus dos asistentes? : “Consagramos esta Logia a Dios y a su servicio”.

De la misma manera, y en términos casi idénticos, la plegaria previa a la ceremonia de iniciación del grado de Aprendiz, del Rito de Emulación, empieza así:

“Dígnate, Padre Todopoderoso, Maestro Supremo del Universo, extender tu protección sobre nuestros trabajos, y conceder a este candidato a francmasón el dedicarse y consagrar su vida a tu servicio, a fin que devenga en un Hermano leal y fiel entre nosotros. Fortifícale con una parte de tu divina Sabiduría, etc.”

Nada más claro. Y es tan claro que el Rito Escocés Rectificado no es la excepción de la regla que tantos Hermanos malintencionados -dicho de otra manera: falsos Hermanos- quisieran que fuera. El Rito Escocés Rectificado está en línea recta (“rectificada” podríamos decir) con la tradición. No ha innovado nada en relación a ella: simplemente la ha llevado hasta el extremo de su lógica interna. Es decir que con él, con el Rectificado, la tradición es más pura y más radical.

A propósito del tema -recurrente en Masonería- de las “tres grandes luces”. En la costumbre inglesa actual -que no quiero llamar tradición puesto que al contrario se aparta de ella- las tres Grandes Luces de la Masonería son la Biblia, la Escuadra y el Compás. La Biblia se encuentra por ello, y el ritual lo dice

expresamente, reducida al estado de símbolo, lo cual nuestro Rito recusa, como ya hemos visto. Esta concepción de las tres Grandes Luces ha contaminado el conjunto de la Masonería francesa, no ya porque el Rito de Emulación sea en sí un rito dominador y expansionista, sino simplemente porque es la base del ritual de Gran Logia practicado por la “regularidad inglesa”. Y todos y cada uno debemos amoldarnos a este modelo.

Ahora bien, esta tríada -Biblia, Escuadra, Compás- es totalmente extraña a la tríada en curso, no ya únicamente en la tradición francesa, sino también en la tradición inglesa primera, donde las tres grandes luces son: el Sol, la Luna y el Maestro de la Logia. Es exactamente lo que podemos encontrar en el catecismo para el grado de Aprendiz:

“¿Qué habéis percibido cuando se os ha dado la luz?

- Tres grandes luces.

¿Qué significan estas tres grandes luces?

- El sol, la luna y el Venerable Maestro”.

Así pues, la tradición. Pero a continuación, vayamos un paso más allá.

“¿Qué relación hay entre el sol, la luna y el Venerable Maestro?

- Al igual que el sol ilumina el mundo durante el día y la luna durante la noche, de la misma manera también el Venerable Maestro ilumina, sin cesar, la Logia con sus luces” (ibíd.).

No estamos pues en el mundo cosmológico, al contrario que en el Rito Inglés donde el Venerable Maestro es puesto en relación con el sol y los Vigilantes con la luna. La luz que emana del Maestro de la Logia es una luz espiritual perpetua. Es lo que evoca para nosotros este momento de la iniciación en el que se dice:

“Hermano Aprendiz, la luz es inalterable, no ha cesado ni un instante de brillar en todo su esplendor. Únicamente vos estáis en la oscuridad.”.

Ahí se nos empieza a poner sobre el camino. Con el intercambio de réplicas que sigue, entramos de pleno en él:

“¿Qué más habéis percibido?

- Un candelabro de tres brazos sobre el Altar de Oriente.

¿A qué hace alusión?

- Al triple poder que ordena y gobierna el mundo y, que es expresado en las Logias por el Venerable Maestro y los dos Vigilantes”.

En definitiva, la tradición y nada más que la tradición -en este caso toda la tradición cristiana-. Edmond Mazet ha demostrado en un destacado estudio, tan brillante como documentado que:

“La tríada el Sol, la Luna y el Maestro de la Logia tiene por misión, en Masonería, el manifestar que la Orden masónica, y singularmente la persona del Maestro de la Logia, depositario de la autoridad y la tradición, participa fundamentalmente de la triple obra del Verbo Creador, Iluminador y Salvador”.

Está bien claro. Pero es preciso ir más allá, y es lo que hace nuestro Rito. Ya que Jesús ha dicho: “Las cosas que yo os digo, no las hablo por mí mismo. Y el Padre, permaneciendo en mí, hace sus propias obras”. Estando este pasaje encuadrado, en el mismo capítulo en el que Jesús proclama: “Yo soy el camino, la verdad y la vida” y en aquel en que anuncia el envío del Espíritu Santo. E igualmente ha dicho: “Tenemos que obrar las obras de aquel que me envió (...). Yo soy la luz del mundo”.

El Verbo, en sus obras, no puede ser dissociado del Padre y del Espíritu. Y la “luz de Cristo”. Lumen Christi, es la epifanía de la Trinidad.

En consecuencia, en el Rito Escocés Rectificado, no es que tengamos tres luces, tenemos una luz triple, o mejor aún trina, la luz de la Divina Trinidad:

- Presente en el Santo Evangelio;
- Simbolizada por el candelabro de tres brazos sobre el altar de Oriente;
- Simbolizada igualmente por las tres antorchas que rodean el tapiz de la Logia y que representan la Trinidad, la cual continuamente, crea, forma y sostiene el universo en su constitución triádica.

Tal es la Luz que “nos ilumina en nuestros trabajos”.

Luego, estos trabajos ¿cuáles son? Un análisis del primer trabajo encomendado al nuevo aprendiz, a saber: “trabajar sobre la piedra bruta”, permitirá darnos una idea suficiente.

Esta piedra bruta, se le dice (ibíd.), es “un verdadero emblema de vos mismo”. En otra parte se precisa: “Esta piedra bruta es el emblema del Aprendiz Masón que (...) comienza a conocerse (...) y reconoce la urgente necesidad de trabajar seriamente en mejorar todo su ser”.

En fin, más adelante, se desvela el objetivo último de este trabajo:

“¿Que significa la piedra bruta?

- *Es el verdadero símbolo del Aprendiz y, del trabajo que debe hacer sobre sí mismo, para poder llegar a la verdadera luz”.*

Toda la Masonería se asigna como finalidad el perfeccionamiento de uno mismo. Pero nosotros estamos aquí bien lejos, muy por encima, de la simple adquisición de conocimientos o incluso virtudes en que otros sistemas hacen consistir este perfeccionamiento. En nuestro caso, de lo que se trata es ni más ni menos que hacerse digno de Cristo. La obra a llevar a cabo no es pues ni intelectual, ni moral -o si lo es, lo es de manera subordinada y secundaria-; ella es de índole espiritual. Nos atreveríamos a decir que: es una obra “en espíritu y en verdad”.

Las etapas a seguir son claramente indicadas por el Venerable Maestro en la última ocasión en que éste se dirige al Aprendiz una vez finalizada su ceremonia de recepción. Hay que:

- “Desbastar” esta piedra bruta que es uno mismo,
- “Pulirla”;
- “Descubrir la bella forma de la cual es susceptible” (= capaz de tomar), dicho de otra manera, darle la forma que debe ser la suya, que le es (pre)destinada, y esta forma es bella;
- Forma “sin la cual sería rechazada de la construcción del Templo que nosotros elevamos al Gran Arquitecto del Universo”.

En cuanto a los autores cristianos, veremos que multitud de textos evocan lo que, a través de los años, se ha llegado a convertir en lugar común de la literatura “edificante” (en todo el sentido del término). El más antiguo de estos autores, el Pastor de Hermas, viejo de apenas cien años después de la vida terrestre de Cristo (es decir de mitades del siglo IIº), da un sorprendente desarrollo a esta asimilación de los hombres a las piedras que deben encontrar su justa forma para poder tomar su lugar en el edificio que eleva el Cristo. De este florilegio sólo extraeré un texto, que es litúrgico. Es un himno de vísperas de la dedicación de una iglesia, data del siglo VIIIº. Dice así:

“Celeste villa de Jerusalén, feliz visión de paz, que, elevada con piedras vivas, te diriges hacia las estrellas (...). Talladas por el cincel salvador y pulidas a golpes repetidos por el malleto del Obrero son las piedras que componen este edificio; juntas, estrechamente unidas, ellas se elevan hasta la cima”.

Todo esto encuentra su origen en este pasaje bien conocido, y a menudo citado, de la primera epístola de San Pedro:

“También vosotros, como piedras vivas, sed edificados en casa espiritual para un santo sacerdocio a fin de ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo”.

Es de este mismo trabajo de edificación espiritual de lo que trata nuestro ritual. Y señalemos que este trabajo rechaza toda transposición por analogía con las prácticas operativas. Una simple observación de sensatez bastará: intentad pulir una piedra bruta a golpes de malleto y sin cincel. Es del todo imposible. Esta es una característica general del Rito Escocés Rectificado: la ausencia de toda referencia, incluso conmemorativa, a las prácticas operativas. En nuestras Logias, no hay estas piedras brutas, piedras cúbicas, macetas, cinceles, palancas, martillos, que ornan -algunos dirían: atestan- las Logias de Rito Francés, que si como dicen, son tan parecidas a las nuestras lo serán en todo caso por otros aspectos.

La obra a la que el Masón Rectificado es invitado a entregarse es espiritual, y se anuncia como tal. Yo diría que incluso es mística. El término aparece, al menos, una vez. A la pregunta de: “¿Qué representa la Logia?”, la respuesta es: “El Templo de Salomón reconstruido místicamente por los Francmasones”.

Un poco más adelante, podemos leer:

“¿Por qué el Templo de Salomón sirve de emblema a los Francmasones?
- Para recordarles que deben elegir en su corazón un Templo a la virtud, con el mismo grado de perfección que alcanzó el construido por Salomón a la Gloria del Gran Arquitecto del Universo”.

Reconstruir místicamente en nuestros corazones un templo perfecto a la Gloria del Gran Arquitecto del Universo, ¿qué quiere decir?

Pongamos juntas varias propuestas:

- “Descubrir la bella forma de la que es susceptible”;
- “El trabajo que debe hacer sobre sí mismo para hacerse digno de la Verdadera Luz”;
- La primera máxima: “El hombre es la imagen inmortal de Dios; pero ¿quién podrá reconocerla si el mismo la desfigura?”;
- La explicación de Adhuc Stat: “El hombre está degradado, pero le quedan medios suficientes para volver a su estado original. y que el Masón debe aprender a utilizar”;

- En fin, este comentario referente al mandil : “Esta luz” -luz de la que se acaba de decir que “os es representada por el candelabro de tres brazos (...) como el emblema del triple poder del Gran Arquitecto del Universo”: luz divina, en consecuencia, y más concretamente luz divina trinitaria- ; “esta luz”, pues, “es la primera vestimenta del alma, la prenda que se os ha dado (refiriéndose al mandil) no es más que su representación y su blancura designa en ella la pureza”.

Todo este conjunto de propuestas nos indican en que consiste “hacerse digno de la Verdadera Luz”. Es recobrar la luz divina de la que el hombre estaba revestido en su origen. “Reconstruir místicamente un templo perfecto” es otra manera de hablar para designar la misma obra. Y podemos comprender ahora que esta obra es efectivamente sagrada, y lo es porque es el Cristo mismo quien la dirige.

Ha sido dicho hace poco que el Masón debe aprender a emplear los “medios suficientes” que le quedan. ¿Cuáles son estos medios? Estos son expuestos en la explicación que le es dada cuando los tres golpes dados por el Aprendiz en el curso de su primer trabajo: “La batería de tres golpes desiguales por la que habéis comenzado este trabajo os indica los medios de hacerlo con resultado. Los dos primeros golpes precipitados indican la Ley de la naturaleza que fue dada al hombre para dirigirle en los primeros tiempos del mundo y la Ley escrita que fue dada a Moisés sobre el monte Sinaí para el segundo tiempo. Pero el último golpe separado os indica la perfección de la Ley de Gracia para el tercero, y la fuerza que resulta para el cristiano de la reunión de los tres y del cumplimiento de los dos primeros”. Fórmula absolutamente relevante que merecería largas exégesis.

Ley natural, ley de Moisés, ley de gracia. La aplicación a la Masonería de estas etapas sucesivas de la Historia Sagrada no es exclusiva del Rito Rectificado. He publicado no hace mucho, en una publicación que algunos de vosotros conoceréis (Cahier Vert nº 13), la traducción, por primera vez en francés, de extractos de una obra inglesa de 1775, así pues contemporánea de los inicios del Rectificado. Esta obra titulada The Spirit of Masonry tiene por autor a William Hutchinson, absolutamente olvidado en nuestros días y que sin embargo gozó en su tiempo de excelente reputación. Añadamos que su libro apareció revestido con la aprobación oficial de todas las autoridades de la Gran Logia de Londres (la de los Modernos), incluida la del Gran Maestro a su cabeza. Pues bien, podemos encontrar una concepción absolutamente paralela. Hablando de los tres grados o “estados” - que también llama “órdenes” - de Aprendiz, Compañero y Maestro, escribe: “El conocimiento de Dios y de la Naturaleza forma el primer estado de nuestra profesión; el culto de Dios bajo la ley judía es descrito en el segundo grado de la Masonería; y la revelación cristiana aparece en el último y supremo

Orden”. Y prosigue, a propósito de las tres “luminarias” (antorchas): “Nuestras tres luces nos muestran los tres grados de la Masonería, el conocimiento y el culto de Dios de la naturaleza en la inocencia del Edén; el culto divino bajo la ley mosaica, una vez liberada de la idolatría; y la revelación cristiana: incluso, visto de otro modo, nuestras luces son un tipo de la Santísima Trinidad”.

Asombroso, ¿no es cierto? Y algunos, ¡aún se atreverán a mantener, después de esto, que la Masonería rectificadora es “atípica”!

Pero volvamos a la sucesión: ley natural, ley de Moisés, ley de gracia. Estas tres leyes, que no adolece la una a la otra sino que cada una se cumple en la siguiente, están marcadas cada una de ellas por una alianza: la alianza con Noé, lo que Anderson, después de numerosos autores religiosos (principalmente medievales, tanto cristianos como judíos) ha denominado “noaísmo”; la alianza con Moisés, calificada por los cristianos como la Antigua Alianza (es el sentido del “Antiguo Testamento”); y finalmente, la “Nueva y Eterna Alianza”, para volver a los términos del Canon eucarístico.

A cada una de estas leyes y de estas alianzas le ha correspondido un templo: a la primera, el templo cósmico o templo universal; a la segunda, el Templo del Señor (Templum Domini) o Templo de Dios Uno; viene al fin el Templo por excelencia, Templo de Dios Tri-Único, cuya característica absolutamente inconcebible para la razón humana es que el Templo del Señor no es otro que el Señor mismo, y el hombre que se conforma a Él y se une a Él y en el que Dios establece su morada.

La Masonería, durante el primer período de su historia, se basaba en las tres leyes, las tres alianzas, y los tres templos. Cerca de dos siglos después, sólo reconoce las dos primeras de las tres leyes, las dos primeras de las tres alianzas, los dos primeros de estos tres templos. Esperando, quien sabe, no reconocer ya ninguno -al fin y al cabo una parte nada despreciable de ella lo ha hecho ya, ¿por qué no su totalidad?-. Todo esto es una regresión manifiesta por no decir una trasgresión. Salvo excepción hecha -excepción molesta y que irrita- del Rito Escocés Rectificado, así como de nuestros “primos hermanos” los Ritos Sueco y de Zinnendorf, fieles al igual que el nuestro a la pura tradición cristiana.

Ya que, si bien es cierto que el objeto de la iniciación es edificar un templo en el que el Señor venga a hacer su morada, la iniciación perfecta y sin contestación posible es la iniciación cristiana.

Y yo añadiré esto. El modelo perfecto de la iniciación cristiana es María. María, el primer ser humano en el mundo que la Divina Trinidad toma por morada, el primer Templo viviente de Dios viviente. María, madre adoptiva de

San Juan, del que una leyenda antigua hace, no solamente el patrón de los Masones, juntamente con San Juan Bautista, sino también uno de sus primeros Maestros: se encuentran trazos de esto en la mención del catecismo del Aprendiz según la cual él (San Juan) ha “reunido los obreros que estaban dispersos”. María, que es también nuestra madre en tanto que Masones como en tanto que hijos de Dios. Nosotros somos “hijos de la viuda” porque somos “hijos de María”.

Quisiera, a propósito de todo esto, leeros algunos extractos de un admirable sermón de San Bernardo “para la consagración de la iglesia”. Dice así:

“1. En otro tiempo un rey glorioso, un profeta del Señor, un santo, David, se sintió conmovido por este piadoso pensamiento: era indigno que el Señor de los ejércitos no tuviera aún residencia sobre la tierra cuando el mismo habitaba una mansión digna de la majestad real. He aquí, hermanos míos, lo que debe también preocuparnos en un pensamiento de fe y que debemos igualmente aplicarnos en ponerlo en práctica. El hecho de que, habiendo sido este pensamiento del Profeta agradable al Señor, sin embargo su realización fuera reservada a Salomón, tiene causas que serían demasiado largas de explicar ahora. Para ti, oh alma mía, tu habitas ciertamente en esta casa elevada, que Dios mismo ha construido para ti. Es de tu cuerpo que quiero hablar: la ha reunido, dado forma, ornado y ordenado de tal manera que tú la habitas dignamente y con alegría. Y para tu cuerpo, ha hecho una casa elevada, muy bien dispuesta y bella; quiero hablaros de este mundo sensible y habitable. ¿No crees acaso que sería inconveniente que, después de haber construido una casa para ti, no soñaras en edificar un templo para él? (...).”

“2. Pero nosotros, ¿en qué pensamos, hermanos míos? ¿Dónde se encuentra el lugar de este edificio y quién será el arquitecto? Ya que este tiempo visible es hecho para nosotros, para que habitemos en él; el Altísimo no habita en edificios contruidos de la mano del hombre. ¿Qué templo edificaremos a aquel que ha dicho y lo ha dicho con verdad? ¿Por ventura los cielos y la tierra no llenos yo? Estaría totalmente turbado y mi espíritu estaría ansioso si no oyera al Cristo decir: “Si alguno me amare, guardará mi doctrina, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y en él haremos morada”. Pues yo sé, ahora, donde debo prepararle una morada ya que sólo puede ser recibido por aquel que es su imagen. El alma que ha sido creada a su imagen es capaz de contenerle. Es por lo que apresúrate, Sion, orna tu cámara; ya que el Señor se ha cumplido en ti, y tu tierra será habitada. ¡Alégrate hija de Sion! ¡Tú Dios habitará en ti! Di con María: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra. Di todavía, tomando las palabras de Santa Isabel: ¿Y de dónde esto a mí, que venga a verme la majestad de mi Señor? ¡Cuán grande es la bondad de Dios, su condescendencia! ¡Cual será la dignidad, la gloria de las almas, para que el

Señor de todas las cosas y, sin necesidad alguna, les pida que ellas le sirvan de templo!”

“3. Es por lo que, hermanos míos, con un gran deseo y una digna acción de gracias, apliquémonos en edificarle un templo dentro de nosotros mismos, tomando cuidado: primero que habite en cada uno de nosotros, a continuación que lo haga en todos a la vez; ya que él no desdeña residir ni en cada uno, ni en todos. Así pues, en primer lugar, que cada uno se aplique en no dispersarse fuera de sí mismo; ya que todo reino que se divide será desolado, toda casa dividida contra sí misma no podrá subsistir; el Cristo no entrará en una casa cuyos muros se abran y cuyos aguilonos cuelguen. (...)”

“Que el alma vea, pues, si ella desea que el Cristo habite por la fe en su corazón, es decir en ella misma. (...)”

“4. Pero aunque cada uno se comporte así, aún es necesario que estemos todos Juntos y cimentados por la caridad natural que es el lazo de la perfección (41). (...)”

“La morada en la que él estará será pues construida y constituida con solidez porque en ella debe morar siempre.”

(San Bernardo, IIº sermón para la consagración de una iglesia).

Mi conclusión será en forma de advertencia, y de advertencia grave y solemne. Todo esto -este trabajo de la iniciación - que acabo de describir es imposible sin el bautismo, que realiza la conformidad total con el Cristo por la incorporación de Cristo.

En el ritual bautismal antiguo, se dice: “Que la naturaleza humana creada a tu imagen y restablecida en la dignidad de su origen y en tu semejanza, sea aquí purificada de toda mancha de la antigua decadencia, a fin de que todo hombre que acceda a este sacramento de la regeneración renazca a la nueva infancia de la verdadera inocencia

Y más adelante: “Que seas marcado con el signo de la cruz. Recibe la fe que enseña los mandamientos de Cristo y conviértete por tu ejemplo de vida en la morada del Espíritu Santo.”

Guardaros de pensar que este resultado la iniciación lo pueda operar por ella sola. Guardaros de sustituir la iniciación por el bautismo. Sería una profanación doblemente sacrílega: respecto al Evangelio, que es la “ley del Masón”, y respecto a la iniciación misma.

Existen por cierto iniciaciones de todo tipo, que J. B. Willermoz, en su tiempo, había ya inventariado. Algunas de ellas son perniciosas, maléficas, incluso podríamos decir satánicas; otras simplemente raras, anormales; las menos inofensivas son aquellas que son nulas, inoperantes. Pero la única y verdadera iniciación - en este caso la nuestra - no se puede operar sino es con el Cristo. Ella requiere dos elementos indispensables: la presencia activa de Cristo, y la fe que nos hace actuar con Cristo. La presencia de Cristo, es el Evangelio, la fe, es la espada - y nos vemos aquí llevados a nuestro punto de partida -. Las dos son necesarias. La iniciación se realiza por la cooperación activa del iniciado: cada uno de nosotros, con el Iniciador: el Cristo.

Convertirse en piedra viva del Templo viviente, es incorporarse místicamente al Cuerpo de Cristo, Corpus Christi. Ahora bien, ¿qué es el Cuerpo místico de Cristo (Corpus Mysticum Christi)?. La Iglesia. La verdadera Masonería construye la Iglesia.

La iniciación coopera con el sacramento, ella baja las barreras de las pasiones, allana el camino para que el sacramento actúe sin nada que se le oponga. La iniciación hace de nosotros una copa a llenar hasta el borde por el vino del amor y el conocimiento de Dios. Ella excava en nosotros una Iglesia interior, o una simple gruta, un establo en el que, por la gracia del sacramento que da respuesta a la fuerza verdadera de nuestro deseo, Cristo nacerá, después se agrandará hasta llenarnos por entero, al igual que en otro tiempo la Gloria del Eterno en el Templo de Jerusalén, conformándose a nosotros porque nosotros nos conformamos a Él, “hasta que nos encontremos todos (...) en el varón perfecto, en la medida de la edad de la plenitud del Cristo”.

La iniciación sólo se dirige a los “hombres de deseo”. Hombre de deseo, vir desiderorium (según la Vulgata), esta expresión enigmática que no se encuentra más que en el profeta Daniel, en tres sitios, ha recibido tantas traducciones como versiones de la Biblia: hombre favorecido de Dios, hombre predilecto, bien amado, deseable ... (es el sentido del hebreo). Atengámonos a esta fórmula, recibida de Martinez de Pasqually (en despecho de la hebrea). Fórmula capital para el Régimen Escocés Rectificado, como lo fue para Willermoz y Saint-Martin. Fórmula tan rica, que se impone, no en despecho, sino a causa de su ambigüedad misma.

El deseo del que se trata no es evidentemente un deseo mundano, salido de la concupiscencia, sino que es el deseo de Dios. Ahora bien, “deseo de Dios”, leído en los dos sentidos: deseo probado por Dios, pero también deseo probado para Dios. El hombre de deseo, es el hombre que desea Dios, y es

también el hombre que Dios desea. En cualquier caso, todo hombre es deseado de Dios, objeto del “favor” de la dilección divina.

“Este es mi hijo bien amado, en quien he puesto todos mis favores”: estas palabras designan, no solamente al Hijo, sino igualmente a todo hombre que, por el Espíritu Santo y en el Cristo, exclama: “¡Abba!, ¡Padre!”.

Cuando el deseo de Dios por el hombre responde al deseo del hombre por Dios, Dios no se resiste: ¡viene! Y entonces es Navidad....

Y - para darme un agrado - terminaré con mi querido Saint-Martin. Y evidentemente lo haré profundizando, justamente, en su libro El Hombre de deseo. Los pasajes que siguen, no los he escogido, me han sido dados. Escuchadlos con los oídos de vuestro corazón:

“Hombre, el sentimiento de tus necesidades espirituales te induce la esperanza y el deseo, que es una fe principiante; el sentimiento del espíritu y de la verdadera naturaleza, te trae la fe, que es una esperanza completa, el sentimiento de Dios hombre y reparador, te trae el amor y la caridad, que son la acción viviente y visible de la esperanza de la fe”.

Y además:

“Hombre de deseo, esfuérzate por llegar a la montaña de la bendición, haz renacer en ti la verdadera palabra (...).

Todas las regiones regeneradas en la palabra y en la Luz, elevarán como tu su voz hasta los Cielos; no existirá más que un solo sonido que se hará oír para siempre, y este sonido es éste: EL ETERNO, EL ETERNO.”